

Ideología campesina:

los desplazados de guerra de nueva guinea

Pablo Aznar

Gustavo Pineda

Oscar Salamanca

Jazmin Solís

Sandra Zúniga *

I. EL CONTEXTO REGIONAL.

1. Fisiografía

La región de Nueva Guinea se encuentra en el Departamento de Zelaya, en la parte centro-sur-oriental de Nicaragua. El terreno corresponde a las estribaciones del Atlántico y comprende tres unidades bien definidas: la planicie al este del río Plata, las tierras del sur del río Plata, y la pendiente suroccidental de la cordillera de Yolaína y la cuenca distal del río Punta Gorda.

El clima corresponde al trópico húmedo, con temperaturas cálidas durante todo el año y una estación lluviosa prolongada: la media anual es de 25 C.

En sus bosques crecen plantas rastreras, trepadoras, gramíneas y parásitas. La vegetación mantiene el equilibrio entre el suelo y el resto del medio ambiente, es la principal fuente de materia orgánica y protege las tierras contra la erosión; la eliminación del bosque natural determina la oxidación y mineralización rápida del humus, el aumento de la acidez y la degradación del suelo con la consiguiente pérdida de fertilidad.

2. El poblamiento más antiguo:

Muy probablemente, la composición aborigen estaba constituida por indios sumos de cultura mesolítica y agroalfarera muy incipiente, influenciados por las tradiciones maya. Durante la Colonia, el territorio permaneció inexplorado

y tampoco se sintió la influencia británica en la Costa Atlántica entre los siglos XVI y XIX.

A inicios del presente siglo se instalaron las primeras y muy escasas familias provenientes del sur de Bluefields y de la Costa Oriental del Gran Lago; quines se dedicaron a una agricultura de subsistencia y a la extracción de madera sin constituir en ningún momento poblaciones de importancia. Hacia 1930, se inició la extracción de hule, de los robles de caucho y la leche de nispero (un componente para la goma de mascar) y el cultivo de la raicilla, una variedad de la ipecacuana de la que se saca quinina.

En la década de los años cuarenta se intensificó un poco la extracción de madera y se abrieron dos trochas que permitían el paso de bueyes: una desde el puerto de Morritos, en el Gran Lago, hasta el Almendro y la otra se iniciaba en la finca "La Gateada", sobre la carretera aún no pavimentada entre Juigalpa y el Rama; y terminaba cincuenta kilómetros más al sur, en la finca "La Guinea"; las otras vías de comunicación eran los caminos y cauces por donde se sacaban los productos hacia las partes más profundas de los Ríos Rama y Punta Gorda a las que llegaban botes de regular calado con alimentos y manufacturas: eran los puertos de montañas, sede de un incipiente comercio regional.

La mayor parte de las actividades económicas eran ejercidas por concesionarios que traían trabajadores de otras partes del país y los alojaban en campamentos transitorios; no llegaron a instalarse en forma definitiva y la región, que todavía no tenía nombre, estaba prácticamente

deshabitada y formaba parte de la frontera agrícola.

3. Penetración y tragedia ecológica.

En términos estrictos, la frontera agrícola señala el límite entre las tierras incorporadas a la producción y las todavía inexplotadas; de un lado se encuentra la sociedad y la población y del otro la reserva territorial del país, a la que se puede recurrir para ampliar la superficie ocupada cuando lo demande el crecimiento económico y demográfico.

Las fronteras agrícolas son dinámicas y difíciles de definir; como son el resultado de un proceso paulatino de penetración, siguen las líneas de menor resistencia, se van extendiendo a medida que pasa el tiempo y la velocidad de su expansión está en relación más o menos directa con la capacidad del país de concentrar recursos y crear infraestructura, las líneas demarcatorias no son netas y existe siempre una región parcialmente ocupada, que divide al sector efectivamente incorporado con el territorio prácticamente desocupado. Siendo el espacio de los colonos, la punta de lanza de la explotación del suelo.

La integración cada vez más del hombre a la frontera agrícola, produce transformaciones muy profundas en el paisaje. Las especies animales y vegetales autóctonas, son exterminadas o arrinconadas, y el hombre las reemplaza con variedades domésticas que sirven mejor a sus necesidades; la hidrografía, se modifica como consecuencia de drenajes y acumulaciones artificiales y las actividades agropecuarias y silvícolas, —la erosión causada por el hombre— suaviza las líneas más duras de la superficie; con el tiempo, hasta el clima se modifica.

Cuando la calidad original de las tierras lo permite y el modelo de explotación mantiene algunos principios de preservación del medio ambiente, es posible sostener cierto equilibrio ecológico por muchos años, pero cuando los suelos son pobres y la intensidad del uso, supera sus posibilidades naturales, y particularmente cuan-

do el modelo económico es básicamente explotativo, el deterioro es sumamente rápido y pernicioso; en estos casos, la frontera agrícola marca el límite entre el territorio agotado y el que será depredado en el futuro inmediato.

En Nueva Guinea, se dan las dos condiciones negativas: suelos delgados de escasa calidad nutriente, fácilmente degradables por erosión, y tecnologías inadecuadas que se aplican buscando beneficios inmediatos y que no respetan el medio. La economía de Nicaragua ha dependido históricamente de condiciones externas y de mercados sobre los que el país no tiene control, donde los intereses del imperialismo y de la burguesía nacional subordinada, carecieron de preocupación por el futuro: el despale del Pacífico y centro del territorio para dar paso a los cultivos de café y algodón y a la cría de ganado, constituyen la evidencia de la desaprensión y la estulticia. Y la frontera agrícola de Nueva Guinea, como la del resto de Nicaragua, separa la tragedia ecológica consumada de la que se está por consumir.

4. La reforma agraria de los años 60.

En 1961 el gobierno somocista promulgó una ley de "Reforma Agraria" orientada hacia el uso de tierras no ocupadas, sin afectar la tenencia de las fincas en explotación. Se trataba de una medida política intermedia en el marco del plan "Alianza para el Progreso", ante el triunfo de la Revolución Cubana.

"La Reforma Agraria", estaba orientada a crear mecanismos de modernización de las economías latinoamericanas y desactivar en lo posible las crecientes fuerzas sociales que aspiraban a un orden más justo; en ese sentido, a partir de la Alianza, la mayor parte de los países dependientes del área, pusieron en marcha proyectos alternativos de redistribución de la tierra sin poner en peligro la estructura latifundista dominante.

La reforma agraria somocista se planteó dos objetivos explícitos: 1) la ampliación de la base material, para la explotación agropecuaria me-

diante la penetración de la frontera agrícola, y 2) resolver la situación de campesinos sin tierras mediante la colonización.

Estos propósitos cubrían otros cuatro no expresos que eran la verdadera meta del régimen:

el primero, “maquillar” la imagen de la dictadura cuya voracidad por las propiedades rurales eran bien conocida: *el segundo*, disminuir la presión reivindicativa sobre tierras indígenas, comunales y campesinas usurpadas desde fines del siglo pasado, bajo la cobertura de leyes que regulaban la adquisición de tierras ‘baldías’ y ‘nacionales’ (1877, 1879, 1902 y 1917); *el tercero*, trasladar un exceso de población campesina desalojada por la ganadería, el algodón y el café en el centro y el occidente del país, cuya densidad y condiciones extremas de pobreza estaba provocando reclamos, disturbios y hasta toma de fincas; pero *el cuarto objetivo* tácito, el más importante, era que la colonización ‘limpiaba’ vastas áreas de montaña sin el compromiso de recursos: y los colonos ocupaban parcelas que en más o menos diez años perdían su capacidad de producción y podían ser adquiridas a bajo precio por los ganaderos capitalizados. En forma rigurosamente objetiva, el sistema de colonización producía bienes de capital (madera en bruto y tierras de pastoreo) a partir de una fuerza de trabajo obasolutamente gratuita; un negocio redondo a costa de la tragedia ecológica y la explotación campesina, y una estructura de poder local hecha a la medida del latifundio ganadero.

II. LA SOCIEDAD FAMILIAR-COMARCAL.

1. La colonización parametrada.

La reforma agraria somocista creó el Instituto Agrario Nacional (IAN), como organismo de aplicación y elaboró para Nueva Guinea un proyecto sumamente ambicioso — el Proyecto “Rigoberto Cabezas” (PRICA) — que se comenzó a ejecutar en 1965 siendo esto, el origen de las colonias del sur de donde provienen los despla-

zados de guerra. En marzo de ese año el IAN movilizó el primer contingente de colonos (quince hombres y dos mujeres) que entraron por la trocha que unía “La Gateada” con “La Guinea” instalándose en las orillas del río Zapote, constituyendo el germen de lo que sería más tarde la ciudad de Nueva Guinea. De acuerdo con la política del Instituto, cada colono pasó a ocupar entre 25 y 70 manzanas de montaña, que fueron desmontadas paulatinamente para el cultivo de granos básicos (maíz, frijol y arroz), de musáceas (plátano, guineo y banano), y raíces (malanga, yuca y quequisque); después introdujeron cítricos, café, cacao y caña de azúcar, criaron animales domésticos, los primeros vacunos; mulas y caballos para el transporte. El movimiento poblacional se multiplicó rápidamente alcanzando su auge entre 1975 y 1979; en total, se calcula que el PRICA ubicó en Nueva Guinea unas 5.000 familias (aproximadamente 30.000 personas), que son la base de la población actual.

El IAN establecía condiciones para la colonización. Las tierras cedidas seguían siendo nacionales, pero su usufructo se convenía a perpetuidad, los que podían ser heredadas o traspasadas; no eran totalmente gratuitas, se debían pagar con madera, en cuotas anuales que establecía el Estado, de acuerdo con las necesidades de los aserraderos; a cambio, el campesino recibía asistencia técnica elemental, crédito bancario y algunos insumos.

La tecnología de los colonos era y sigue siendo primitiva: se desmonta a fuerza de hacha o machete, los troncos se sacan con buyes, se roza la vegetación baja y se queman los despojos y se siembra a espeque (la coa o palo cavador prehispánico) sin mayor preparación del suelo. Con este sistema, las capas orgánicas superficiales se deterioran con suma rapidez y el rendimiento de la parcela al término de cuatro o cinco años, disminuye en 70%, incluso con uso creciente de abonos químicos.

A pesar de estas desventajas, el trabajo de los campesinos sobre tierras que nadie les podía discutir, dio sus frutos (aunque en 1977-1978, se

dieron algunas expoliaciones por parte de ganaderos extensivos vinculados al régimen). Al triunfo de la Revolución, la mayor parte de los colonos habían superado los niveles de subsistencia, produciendo excedentes para la venta: en 1975 el área de cultivos de maíz y de frijol ocupó 6.500 manzanas llegando en 1980, a 22.000. Sólo el 15% de la población económicamente activa, dedicaba parte de su tiempo —y no todo— en actividades asalariadas; incluso algunos campesinos se estaban capitalizando con la tendencia, de convertirse en ganaderos o pequeños y medianos comerciantes. Las colonias de Nueva Guinea comenzaban a perfilarse como un polo importante, en la producción de granos básicos, queso y ganado. Algunos créditos se pagaban con la producción de café o de cacao, un excelente indicador de su crecimiento.

La organización del trabajo ha sido, se basa, y aún es así, en el trabajo familiar. Del total de su parcela, cada colono ponía en condiciones de explotación, la cantidad de manzanas que podía manejar con la fuerza de trabajo, emparentada por vínculos de sangre, afinidad o compadrazgo. La estructura social local que se establece en 'la comarca' gira sobre las relaciones familiares de tipo extenso, sobre una red de compromisos comerciales, laborales y la religión.

Se constituyeron 'consejos agrarios', que eran una forma institucionalizada de control socioeconómico, lo que también servían para canalizar los vínculos con la sociedad mayor. A diferencia de lo que se ha afirmado tantas veces, el modelo campesino de la frontera agrícola no es de producción individual sino familiar y hasta comunal.

En la frontera agrícola se enfrentan dos géneros de vida: los colonos que practican una agricultura migratoria y los ganaderos que tienden a desplazar la economía parcelaria. Los primeros tienen menor grado de un relativo desarrollo; carecen de capacidad para capitalizarse y emprender la cría extensiva; cuando se empastan sus tierras tienen que buscar nuevas áreas de montañas virgen. Los segundos, buscan justa-

mente las tierras empastadas, como tienen capital, compran las parcelas abandonadas contribuyendo al arrinconamiento de los colonos. La ganadería, implica cercos, corrales, pozos de agua, cobertizos y mano de obra asalariada, una inversión que esta fuera del alcance del colono promedio. Por sobre todo, más allá del capital, la transformación de un colono en ganadero requiere de un cambio de mentalidad. El campesino agricultor, se encuentra ubicado en una dimensión diacrónica más tradicional, en una cultura más consolidada, de cambios lentos, que deben ser sancionados por la experiencia social; más atado a una estructura colectiva, a la que llama 'comarca', donde su familia es una unidad de producción, de estabilidad social y de la personalidad; el ganadero se instala en la sociedad moderna, capitalista, de cambios más rápidos que se justifican en la experiencia empírica e inmediata y está inmerso en valores más cosmopolistas: forma parte de una vida más "nacional". Ambas formas de vida, mantuvieron hasta 1979 su estado, porque favorecía su proyecto político; este equilibrio comienza a romperse con la Revolución y, posteriormente, con la guerra y el desplazamiento.

2. La desarticulación entre el Estado y el campesino.

A pesar de lo oscuro de sus objetivos no explícitos, el Instituto Agrario Nacional fue el único organismo del Estado somocista con una línea política, recursos humanos, técnicos y, sobre todo, una preocupación efectiva hacia el campesinado. El IAN constituyó para las comarcas de Nueva Guinea una instancia singular de apoyo, (singular en el sentido que no había otra), y representaba a un gobierno que —independientemente de su carácter— administraba al país. Al triunfo de la Revolución, las profundas transformaciones en el ámbito rural, pensadas en función de los intereses de la inmensa mayoría del país, altera la relación entre el estado y las bases campesina de la frontera agrícolas. Esta alteración tienen tres elementos fundamentales: el temor de perder la tierra, la políti-

ca de comercialización y la ruptura de la neutralidad.

El fenómeno que se dió en Nueva Guinea, es tan particular que no parece tener equivalente en el proceso revolucionario nicaragüense, reconocidamente sensible en sus relaciones con la población: el gobierno revolucionario no alcanzó a comprender que la vinculación de los colonos con el IAN, no era esencialmente política (con el somocismo) sino más bien institucional. El caso es que la población campesina de la frontera agrícola del Sur de Nueva Guinea, fue visualizada como partidaria del régimen somocista y de adversa a la revolución. Ciertamente en Nueva Guinea existían condiciones que permitieron esta apreciación gubernamental parcialmente incorrecta: por ejemplo; el somocismo siempre estuvo a favor de la iniciativa privada y en contra del comunismo (en su concepción particular era cualquier acción o pensamiento que molestara a un epidérmicamente el proceso de acumulación capitalista) esto suponía, que se había conformado en las bases, una ideología cerradamente individual y reaccionaria (algo así como La Vendée); en la zona se evaluaron negativamente los resultados de la Cruzada Nacional de Alfabetización; se recordo el aniquilamiento de una columna del frente sur, que fue delatada por comunidades donde no se había desarrollado trabajo político y donde la revolución no tenía ninguna base social concreta; para concluir, el PRICA era efectivamente un proyecto somocista, como tal, había sido un elemento de enagenación.

La tierra constituye el eje de la vida y la cosmovisión campesina. En el caso de las colonias del sur de Nueva Guinea, el problema no radica en la demanda sino en el temor a perderla la publicitadas, por los argumento que las justificaban, tenían sentido para campesinos sin tierra o con pocas o malas tierras pero no para aquellos con suficientes tierras, que estaban por encima de nivel de pobreza y en proceso de crecimiento productivo; hubo desinformación y desconfianza por parte de los campesinos propietarios de sus parcelas par quienes un proceso redistribu-

utivo es potencialmente peligrosa, una situación diametralmente opuesta a la del campesino pobre y el obrero agrícola. Además, el modelo inicial de la Reforma Agraria sandinista se basaba en el área de propiedad social y las unidades de producción estatal. Proyecto agrario no compatible con un campesinado que había escapado de la proletarización, hace una década, por tanto no podía sentirse tranquilo ante un proyecto que pretendían solucionar los problemas del agro mediante el salario. Por último, para el dueño de una finca pequeña que aspira a crecer, parcialmente un propietario insertó en el sistema capitalista aunque sea de manera marginal, la diferencia entre “tenente de tierra” y un “terrateniente” (este último término con su claro contenido clasista de explotación de la productividad de la tierra y de la mano de obra) es una cuestión de status muy difícil de separarlo. El colono parcelero considera que su diferencia en un latifundista radica en la cantidad de tierra que ambos poseen. En consecuencia no desconta que un proceso expropiativo puede comenzar por desalojar a los más grande de sus propios géneros —por una cuestión de simple oportunidad—, seguir con los medianos y terminar con los pequeños.

Lo que articuló al campesinado de Nueva Guinea, con el Estado somocista, fueron las leyes del mercado. Ciertamente, el campesinado de la frontera agrícola, a pesar de haber sido el eslabón más débil y explotado de la frontera agrícola, a la vez, era parte de la cadena de producción, realizaba y distribución de la riqueza agropecuaria.

Al triunfo de la Revolución, con la puesta en marcha de la planificación centralizada, el campesinado de las colonias se vió despojado de su contexto económico habitual e integrado a un contexto económico basado en la comercialización estatal y los precios oficial, sobre el cual no tenía influencia. La venta de la producción a empresas gubernamentales, prácticamente obligatoria fue el punto de partida de esta fase de la crisis, para su análisis, hay que tomar en cuenta lo estrictamente económico, especialmente lo

relacionado con las estructuras sociales y de parentesco.

En términos económicos, la comercialización con el Estado significó una pérdida objetiva de ingresos. La inflación generó un mercado negro de productos agropecuarios en manos de intermediarios, con transporte y capacidad de compra, ofreciendo al campesino pagar muy por encima de los precios oficiales. Los finqueros más despreciados entraron en el juego, los más temerosos de las leyes civiles y el juicio de Dios, (esto es, donde la ética tiene mayor importancia que el beneficio), se mantuvieron al margen y percibieron que su trabajo rendía mucho menos que el de sus vecinos; para ellos la Revolución comenzó a ser un 'mal negocio'. Pero además, se trataba de un comercio monopólico unidireccional: era compra de productos sin venta de insumos. El bloqueo impuesto por el gobierno de los Estados Unidos y errores en la distribución estatal originados por la burocracia, se tradujeron en una situación de desabastecimiento evidente, cuando se le comparaba con el gobierno somocista.

Pero en el mundo campesino, fuertemente vinculado a formas culturales tradicionales, aún arcaicas, cuyas raíces deben buscarse en el período prehispánico, la comercialización y el intercambio no son cuestiones exclusivamente económicas. La contraparte de la transacción no es un desconocido, mucho menos un ente abstracto sino que forma parte de la estructura social inmediata. El negociar conlleva en sí, un valor que trasciende lo material.

Con la compraventa de productos se refuerzan las relaciones, religiosas, sociales, familiares y económicos, estableciéndose alianzas, habitualmente mucho más — que la simple relación entre los integrantes de un sector. De tal forma que quienes tienen varios compromisos dividen cuidadosamente las transacciones para no dejar de cumplir con ninguno. La aparición del Estado revolucionario como único comprador y vendedor 'moderno' el comercio pero al mismo tiempo lo hizo impersonal conmoviendo las ba-

ses de la sociedad campesina, con un efecto, quizás equivalente al de la guerra.

En el sur de Nueva Guinea, la inseguridad comenzó a fines de 1979 con la aparición de algunas bandas de ex-guardias somocistas o cuatreros que merodeaban por las comarcas, cometían pequeños latrocinios, ante cualquier presencia militar desaparecían, mimetizándose como campesinos parceleros.

A partir de 1982 la guerra se agudiza y las comarcas — que aspiraban a la neutralidad — quedan entre dos bandos; quienes tenían tratos con la Revolución fueron amenazados, secuestrados, muchas veces ejecutados, sobre todo a partir de 1985 cuando el Frente Democrático Nicaragüense de Adolfo Calero y Enrique Bermúdez se superpone y desplaza del enfrentamiento Bélico a la Alianza Revolucionaria Democrática de Edén Pastora. Por otro lado, los que mantienen vinculación con la contra son detenidos, interrogados, algunas veces vejados o aniquilados.

Dos ejércitos se disputan un territorio, donde la población civil rechaza en su mayoría el involucramiento en ambos, sufriendo las consecuencias. A la crisis campesina, se le agregó el miedo.

Algunos de los jefes de la contrarrevolución de Nueva Guinea y una parte de los efectivos de tropa son de origen campesino, quienes mantienen relaciones con las comunidades, incluso, hay un cierto paralelismo entre la forma de pensar de la contrarrevolución y los campesinos; entre ellos no debería haber contradicciones, sin embargo, las hay, por cuatro razones. *En primer lugar*, porque el origen de la ideología mercenaria está por fuera del campesinado; *en segundo*, porque la contrarrevolución no ha logrado convencer acerca de los justos motivos que dice tener, tampoco ha sido convincente respecto de su poderío militar y la posibilidad de instaurar un proyecto sociopolítico propio: *en tercero*, porque la contra se presenta como "los soldados de Cristo en lucha con el comunismo ateo" pero los campesinos no entienden, que puede haber sentimientos religiosos sinceros, en quienes andan armados, asesinando sin vacilar: para ellos, la

gente de guerra está en el ámbito de lo profano y no en lo sagrado; *Por último*, porque la presencia de la contra desata la represalia: si la contrarrevolución no existiera no habría incursiones del Ejército; entonces, la contra es responsable de la guerra y, por carácter transitivo, de todas las desgracias.

El miedo al Ejército sandinista era más directo y objetivo. El comportamiento de ciertos efectivos (los campesinos aseguran que se trata de algunos, no de todos; menos aún de la institución) en ocasiones ha sido totalmente injustificable. El elemento fundamental de la crisis que enfrenta al Ejército sandinista con los colonos, es el reclutamiento.

Por las condiciones particulares de una guerra que es interna y la presencia de mercenarios que tienen relación con las bases campesinas, el Ejército Sandinista moviliza en la zona, hombres de otras partes del país, trasladando a los reclutas locales, lejos de su residencia habitual; con esto, la fuerza armada adquiere características impersonales que chocan con la visión familiar y comarcal que tienen los campesinos, donde lo bueno es lo que conoce; lo malo está comprado con lo extraño. En una situación de paz que permitiera la incorporación de los reclutas a milicias locales, el servicio militar no sería rechazado. Esta crisis alcanza su punto culminante con el desplazamiento.

En marzo de 1987, por razones estrictamente militares, el gobierno evacuó de manera forzada unas mil familias campesinas (aproximadamente 6.000 personas) ubicadas en las colonias del sureste de Nueva Guinea, trasladando una parte de esa población a seis asentamientos ubicados al noroeste de la ciudad, a unos 50 kilómetros de las comarcas de origen; la finalidad era sacar a la población civil de una región donde la contrarrevolución tenía una fuerte presencia y donde se planificaban acciones bélicas de gran envergadura. Básicamente, se trataba de salvar vidas humanas.

En esos asentamientos se realizó nuestra investigación. Se pretendía averiguar de qué manera la ideología familiar —comarcal de los

desplazados se enfrentaba a la concepción burocrático-comunitaria, menos regional y más nacional, que el Estado tiene de los asentamientos, y si la primera era capaz de hacerse coherente con la segunda al punto de que los desplazados aceptaran el proyecto gubernamental como algo propio. En definitiva, se trataba de establecer la “viabilidad psicológica” de los asentamientos, entendidos como una nueva forma de vida campesina.

III. LA SOCIEDAD BUROCRATICO-COMUNITARIA.

1. Los asentamientos.

El paisaje de los asentamientos es diferente de la montaña; se trata de tierras que fueron colonizadas hace muchos años, donde el despale, la roza y la quema de bosques, han permitido la erosión, que termina con el empastamiento y determina su indiscutible vocación ganadera; es una planicie ondulada de colinas bajas, cubiertas de gramíneas naturales. Las tierras pertenecen a la Reforma Agraria o fueron expropiadas a ganaderos extensivos a los que se compensó con fincas equivalentes dentro de la misma región.

Los seis asentamientos se encuentran sobre el eje de la carretera La Gateada-Nueva Guinea; siendo el más alejado, *La Santos*, ubicado a 30 kilómetros de la ciudad; El Cascal está a 22 kilómetros; *El Almendro* a 20, sobre un camino vecinal; *El Níspero* y *El Triunfo* están a 15 y 10 kilómetros respectivamente y el más cercano, *El Chasmolar*, ubicado a 5 kilómetros, también sobre un camino secundario.

En los asentamientos, las viviendas se agrupan en un casco urbano que reproduce en alguna medida al modelo de los pueblos del occidente del país. Para cada núcleo familiar, se ha construido una casa de tablas de madera con techo de zinc de 7 x 5m., más una cocina anexa de 4x5; o sea que la superficie total de la vivienda alcanza a los 55 m. Sobre este esquema se generan variaciones que dependen de la iniciativa

y los recursos disponibles de cada familia; en algunos casos se ha reemplazado la madera de las paredes con zinc o tela plástica, otros, han incorporado la cocina como parte de la vivienda, construyendo, como cocinar, una estructura adicional de palos y "bajareque"; el piso es de tierra apisonada, las divisiones interiores — cuando las hay — aparecen como provisionales; pocas casas tienen puertas.

En el solar de cada vivienda (unos 500 m) algunos desplazados han iniciado pequeños huertos de plátanos o yuca; no hay hortalizas; en la mayor parte de los casos, el terreno tiene solamente una letrina rústica, se destina a los animales (cerdos, caballos o mulas) o en caso contrario, simplemente está abandonado. Los enseres domésticos son escasos: un fogón de tierra, una mesa tosca y bancos bajos; hay ollas de aluminio, platos y vasos de plástico y cubiertos baratos, por lo general obtenidos de donaciones; todas las casas tienen por lo menos una lámpara de kerosén (a mecha, no de presión) y un molinillo para maíz, obsequiados por la Cruz Roja; el resto del servicio, consiste en recipientes de jícara, bidones plásticos, latas y quizás algún balde. Para dormir usan hamacas, catres de lona con jergones de paja y no es raro ver colchones en el suelo.

Colgadas de las paredes o en los rincones se encuentran, la ropa y las herramientas: machetes, en algunos casos pico, pala, algún martillo o serrucho, nada más. La vestimenta de los desplazados es humilde y gastada, los niños más pequeños andan casi desnudos. Salvo el río o los pozos, no hay ninguna facilidad para la higiene personal, ni otra fuente de agua para consumo humano.

Los asentados no están inconformes con las viviendas: el techo de zinc es superior al de tejas de madera que tenían en la montaña y las dimensiones son parecidas. Las quejas se refieren a dos problemas distintos. El primero, a la tardanza de la construcción, ya superado, les obligó dormir durante semanas en champas de plástico; si bien el episodio es parte del pasado, condicionó una fuerte corriente de desconfianza e incredulidad

hacia la autoridad que todavía subsiste. La segunda objeción se refiere al diseño global del asentamiento sobre un patrón "urbano" diferente del modelo campesino. El nuevo pueblo origina situaciones poco comunes que afectan las costumbres originales del campesino: por ejemplo, en las comarcas los niños estaban acostumbrados a comer la fruta que estuviera a su alcance porque todo lo que brinda la naturaleza les pertenecía y en el asentamiento lo que está a mano casi siempre pertenece a un vecino; los animales domésticos (principalmente gallinas y cerdos) se movían en la montaña con entera libertad, ahora se meten en las casas o huertos de otras personas, lo que ocasiona roces. El vivir apiñados constituye un motivo de tensión permanente, no son extrañas algunas situaciones propias de una sociedad donde la cantidad de mujeres supera la de hombres.

La estructura demográfica está alterada. El tramo de edad de 0 a 12 años constituye casi el 60% del total y el tramo entre 13 y 30 no llega al 20%; los varones entre 14 y 18 años son pocos, estos representan el 5% de la población masculina. Así como los varones entre 19 y 30 años, que representan el 8.3% de los hombres del asentamiento igualmente faltan mujeres entre 14 y 30 años, pero en menor proporción, en ese sentido la población femenina supera a la masculina en 19.6%.

En muchos casos, la unidad familiar se ha roto, hay un componente significativo de mujeres solas y mujeres jefes de hogar, experimentándose una baja en la tasa de natalidad.

Las características anotadas, son resultado de la situación de guerra: los hombres en edad militar han sido incorporados al servicio militar o han escapado para evitarlo, otros son parte de las fuerzas contrarrevolucionarias (por las buenas o las malas), no pocos han muerto en combates o emboscadas; algunas mujeres jóvenes han seguido a sus compañeros a la aventura mercenaria o se han reintegrado a sus familias de origen. Las familias que han logrado mantener su composición son grandes (promedio de 6.02 por personas). Existe cierta tendencia a constituir

Cuadro 1.**Estructura censal (en los cuatro asentamientos estudiados, mayo de 1988).**

Asentamientos	Familias	Personas	Promedio
El Chasmolar	66	382	5.79
El Cascal	126	700	5.56
El Triunfo	41	264	6.44
La santos	32	248	7.57
TOTAL	265	594	6.02

Cuadro 2.**Composición estaria de la población (idem).**

Tramos de edad	Población	Porcentaje
0-5	424	26.6
6-12	438	30.3
13-15	128	8.0
16-25	151	9.5
26-40	210	13.2
41-55	118	7.4
56 y más	80	5.0
TOTAL	1594	100.0

Cuadro 3.**Composición sexual de la población en edad plenamente fértil.**

Tramos de edad	Población masc. fem.	Porcentaje masc. fem.
16-25	50 101	33.3 66.7
26-40	77 133	36.9 63.1
16-40	127 234	35.2 64.8

unidades extensas, patrilineales, donde conviven tres o más generaciones.

Los cuadros de la página anterior muestran la composición poblacional en los asentamientos objetos de nuestro estudio.

El analfabetismo es agudo: casi el 80% de los adultos no sabe leer ni escribir, el 10% copia pero no redacta y deletrea pero no comprende. Como ya se ha señalado, la Cruzada Nacional de Alfabetización no tuvo demasiada vigencia en la frontera agrícola de Nueva Guinea, la mayor parte de los desplazados tiene en los asentamientos la primera oportunidad de escolaridad regular. En todas las unidades, se ha construido una escuela atendida por un maestro rural que se ocupa de los niños e impulsa la educación de adultos, mediante programas especiales. Los asentamientos cuentan con un centro de salud, donde un enfermero, generalmente una mujer de la comunidad; que ha sido preparado para atender accidentes menores, enfermedades comunes y partos normales, proporcionando medicinas y realizando vacunación cuando la circunstancia lo ameritan. En ese sentido, la atención de la salud y la posibilidad de desplazamiento rápido a un centro hospitalario (Nueva Guinea o Juigalpa) constituyen probablemente el aspecto, de la nueva situación, que los asentados reconocen como más positivo. Igualmente, se ha construido en cada asentamiento una capilla que se utiliza para la celebración de los diferentes cultos.

Entre la población desplazada, la religiosidad es un sentimiento profundamente arraigado. Los católicos son mayoría, pero las denominaciones protestantes están en auge, un fenómeno común en la población rural centroamericana. Algunas iglesias son francamente dominantes en las comunidades de origen: por ejemplo, las 32 familias provenientes de la comarca "Maritza Quezada" que ahora están en El Cascal, pertenecen todas a la Iglesia de la Profecía.

Ningún desplazado mayor de 20 años ha nacido en las colonias. El 66% de los jefes de familia entrevistados proviene del norte y centro del

país (Matagalpa, Chontales y Boaco), 19% de Zelaya y Río San Juan y 15% del Pacífico.

La breve historia de los asentamientos se puede dividir en dos etapas, la organización y la consolidación.

La etapa de organización comprende el período de marzo de 1987 a enero de 1988, caracterizado por una dependencia vertical de la administración estatal, responsable del traslado. La política gubernamental para los asentamientos se basó en nueve puntos, 1) reconstruir en los asentamientos las comarcas de origen, ubicando juntas las familias de una misma comunidad, en el entendido de que la organización comarcal es el punto de partida objetivo de la convivencia y las relaciones sociales de producción; 2) analizar y corregir los posibles factores disociadores entre los campesinos provenientes de una misma comarca, como podrían ser religiones distintas o diferencias muy marcadas en el nivel económico; 3) impulsar la diversificación productiva para reproducir en lo posible el modelo alimentario original; 4) incorporar a la mujer a las actividades económicas, especialmente en la reproducción de las economías "de patio" (huerto y corral), la apertura de nuevas posibilidades productivas para mujeres (colectivos de costura, etc.) y particularizar la atención de mujeres solas o jefes de hogar; 5) el proyecto debía ser asimilado por los desplazados como algo propio; esto significaba flexibilizar el modelo de organización en función de las peculiaridades y expectativas de cada asentamiento; 6) diversificar la economía por fuera de las actividades agropecuarias (pequeñas industria, artesanía, etc.), pensando especialmente en la gente más joven; 7) promover actividades culturales y deportivas como mecanismo para disminuir las tensiones y acrecentar el sentido de unidad y convivencia; 8) asignar las tierras en propiedad irrestricta, considerando las viviendas no como regalo sino como justa compensación por las que habían perdido; 9) educar formalmente mediante la escuela y capacitar para la producción a través de la asistencia técnica.

Estas ideas no pudieron ser llevadas a la práctica. Los suelos desgastados de los asentamientos no permitieron la diversidad de cultivos, incluso los granos básicos tuvieron un rendimiento muy por debajo de lo esperado, lo que acarreó la insatisfacción alimentaria. El modelo de asignación de tierras no fue flexible y se insistió en la formación de colectivos de trabajo sobre superficies, indivisible, una forma de tenencia que el campesino de la frontera agrícola tiende a rechazar. En cuanto a la apertura de nuevas actividades, Con qué recursos?, Con qué capacidad tecnológica?; encontramos en un asentamiento un colectivo de costura con una máquina de coser para 42 mujeres, ninguna de las cuales tenía capacidad para instruir a los demás.

La etapa de consolidación comenzó en enero de 1988, con la decisión estatal de asignar las tierras a título individual. La primera reacción de los asentados fue positiva, porque el modelo parcelario se corresponde con psicología, motivaciones y tradición. Pero el éxito no está asegurado, la evolución demográfica lo demuestra con las cifras que se ofrecen en el siguiente cuadro.

El deterioro es evidente, las causas deben buscarse en dos niveles: objetivamente, en el

frasco productivo originado en la mala calidad de las tierras, en la peor plaga de ratas que se recuerda en la región; posteriormente a los daños causados por el huracán "Juana" (octubre de 1988); en lo subjetivo, la ruptura del género de vida y la contradicción del nuevo orden con su ideología.

Más de la tercera parte de los desplazados, abandona los asentamientos en cinco meses; los desertores han regresado a sus comarcas de origen — han buscado nuevos horizontes en las colonias y cooperativas; algunos han regresado a donde emigraron hace diez o quince años, es improbable que muchos estén ya en Managua engrosando las filas del sector informal urbano. Sin embargo, hay quienes se quedan. Por qué no se van? Hay un cierto fatalismo en la ideología campesina; su trasfondo religioso los enfrenta a la voluntad de principios trascendentes que están más allá de lo humano, cuyos designios son inescrutables, El "Dios lo quiere", que movió a los cruzados europeos en su expansión hacia oriente al rescate del Santo Sepulcro, originando de esa forma, la ruptura del mundo medieval, iniciando con ello una época moderna. Pero en este caso, adquiere una interpretación negativa: el fin de la guerra, es cosa de Dios, hay que sentarse a esperar "que El lo quiera".

Cuadro 4.

Cambios poblacionales (en los seis asentamientos, 1988).

	30 de enero fam. pers.	22 de marzo fam. pers.	25 de mayo fam. pers.
El Chasmolar	171 894	87 825	66 382
El Cascal	157 870	127 698	126 700
El Nispero	65 346	48 167	28 160
El Triunfo	65 413	66 273	41 264
El Almendro	39 263	46 120	29 176
La Santos	50 320	68 218	32 248
TOTAL	547 3106	441 2301	322 1930

2. PERCEPCIONES Y CONCEPCIONES FUNDAMENTALES DE LOS DESPLAZADOS.

2.1. Acerca del trabajo agropecuario.

De 45 jefes de hogar entrevistados, el 89% proviene de familias rurales, solamente cuatro (tres hombres y una mujer) han nacido o se han criado en ambientes urbanos. Independientemente de su origen, todos coinciden en señalar tres hechos: 1) la importancia del trabajo agrícola como fuente de subsistencia; 2) la existencia de un sistema de división sexual del trabajo; 3) el papel del trabajo agrícola en la educación de los hijos varones.*

En las comunidades de origen, el 75% de las familias entrevistadas tenían fincas, de una extensiva parcelaria de 50 a 200 manzanas; la posesión de ganado es mucho más significativa en las fincas de más de 120 manzanas, en ese sector se encuentra el 20% de los propietarios de hatos, superiores a 30 animales; en cambio, la cantidad de aves y cerdos es similar en las fincas grandes y en las menores.

La variedad de cultivo en las comunidades de origen incluía granos básicos (maíz, frijol y arroz), musáceas (plátano, guineo y banano), raíces y tubérculos (malanga, yuca y quequisque), café, cacao, caña de azúcar y árboles frutales (mango, aguacate, cítricos, etc.) A los cultivos y la ganadería se debe agregar el producto de la caza y la pesca como fuente de alimento.

El trabajo agrícola se organiza alrededor de la familia. El 71% de los jefes de hogar entrevistados señalan con claridad que no contrataban habitualmente fuerza de trabajo ajena; el resto lo hacía esporádicamente, salvo en el caso de dos mujeres solas que ocupaban mozos para las tareas que requieren más esfuerzo físico. Sin embargo, se establecían servicios en trabajos que se retribuían de la misma manera (mano vuelta) y la ocupación por período cortos, de jóvenes con parentesco, entre las familias extensas. La mayor parte de las mujeres (77%) trabajaban en el campo en por lo menos alguna fase del ciclo.

El trabajo agrícola, en las comunidades de origen producía lo suficiente para el consumo familiar, quedando excedentes comercializable. Los entrevistados no pudieron dar cifras exactas sobre la producción en años "normales" (que para ellos son 1977 o 1978), pero sabemos que al momento del traslado, la mayor parte perdió cantidades significativas de granos almacenados, en algunos casos hasta 80 quintales.

Aparte del rendimiento económico, el mayor valor asignado al trabajo agrícola parcelario, es la posibilidad de organizarlos con criterios propios y sin interferencias extrañas, así como la de disponer del producto de acuerdo con sus necesidades y su voluntad.

En los asentamientos, la mayor parte de los jefes de hogar masculinos entrevistados han recibido 30 manzanas, 10 de uso agrícola y 20 ganaderas; sobre esta superficie han cultivado en promedio 3 manzanas, únicamente con granos básicos: lo reducido de la parcela, las condiciones climáticas y el hecho de que las musáceas, el café, el cacao, la caña y los frutales requieren de un cierto tiempo para desarrollarse, han impedido reproducir en los asentamientos la variedad de la montaña, por supuesto, la caza y la pesca no tienen cabida en el nuevo ambiente.

La cría de animales de patio y corral es mucho más reducida que en la montaña. La mayor parte de las mujeres entrevistadas señalan que la cercanía de las viviendas produce conflictos vecinales, ya sea por las molestias que ocasionan los animales o por robos. La cría de ganado también se ha reducido, básicamente porque los desplazados perdieron sus animales en el traslado (sólo 2 de 29 propietarios de hatos mayores de 30 animales —31 6.9%— lograron sacarlos) pero también, porque la vocación fundamental es campesina. Por otra parte, la ausencia de cerdos, hace poco viable la coexistencia de la ganadería con la agricultura.

En el caso de las mujeres solas, aproximadamente la mitad han recibido parcelas iguales a los jefes de hogar masculinos; el resto han sido incorporadas a colectivos de producción de hortalizas, con una asignación de manzanas que no

llegan en promedio, a 2 por asentada; estos colectivos, llegaron a desarrollarse incipientemente en dos de los cuatro asentamientos estudiados pero en la actualidad, se pueden considerar fracasados.

Indudablemente, el mayor problema de la organización del trabajo en los asentamientos, es el carácter colectivo impuesto inicialmente por el MIDINRA. Los entrevistados manifiestan dos tipos de objeción: primero, que los beneficios no son proporcionales al esfuerzo, ya que algunos trabajan menos y reciben lo mismo; segundo, que no se puede disponer del producto de acuerdo con las necesidades y la voluntad. Un entrevistado dijo: "Parece que las cosas no son de uno; no se puede comer ni un elote y menos regalarlo a un amigo o una visita".

Otro problema que surge de las entrevistas es la inseguridad respecto de la propiedad de las parcelas. No hay título de propiedad ni papel alguno que los respalde, algunos, antiguos dueños, han hecho saber que piensan recuperar algún día sus fincas; el asentado, por lo general, no confía en las autoridades, mucho menos, en algo tan serio como la tenencia de la tierra.

El fracaso de las cosechas ha conducido a los asentados a la depresión y al desánimo, algunos manifestaron sentirse inútiles (algunos perdieron la mitad, otros la cuarta parte, la mayoría lo perdió casi todo). "Me manejo atormentada al mirarme de balde —expresó una entrevistada—; en la montaña sobra qué hacer". En resumen, las actuales condiciones de producción en los asentamientos son, para la mayoría de los entrevistados, sumamente duras sin muchas perspectivas lo que contrastan en la vida anterior en la montaña visto como un mundo idílico donde las relaciones del hombre con la naturaleza era armoniosa y donde el trabajo familiar se resolvía en un bienestar creciente.

2.2. Acerca de la educación de los hijos.

Formalmente, todos los entrevistados sin excepción, han manifestado que la educación de

los hijos es importante. El problema reside en definir lo que se entiende por educación. La impresión de los miembros del equipo de investigación, coincide en que el concepto de 'escolaridad' no implica para los asentados más que nociones muy elementales de lectoescritura y cálculo. En varios casos, los padres de familia recalcan solamente el valor de saber escribir el propio nombre, sumar y restar, para no ser sujeto de engaño.

Esta percepción de la escolaridad, es coherente con un modelo que tiende a reproducirse indefinidamente en el actual sistema de vida, esto se confirma con dos hechos concretos: primero, en los períodos del ciclo agrícola que requieren más fuerza de trabajo, la asistencia a clase de los niños mayores de 7 años se reduce drásticamente; segundo, al momento en que se distribuyeron las tierras individualmente (incremento de la perspectiva productiva), la matrícula del mismo grupo demostró un alto grado de deserción. Solamente el 14% de las familias entrevistadas manifestaron niveles de aspiración superiores respecto de la educación de sus hijos.

Otra cosa resulta cuando el concepto de "educación" se entiende de manera global y supera el de "escolaridad". La educación, entonces, se realiza en el hogar, en el trabajo: comprendiendo los principios de honradez, responsabilidad y laboriosidad; en términos generales, un padre considera que la educación de su hijo ha sido exitosa cuando genera sentimientos de respeto e iguala su propio nivel. En estas condiciones, la experiencia de acceso a la escuela, uno de los factores positivos que más frecuentemente se adscribe a los asentamientos, no es suficiente para retener en ellos a las familias desplazadas. Cuando se les presenta la disyuntiva, responden que en las comarcas de origen se vería la manera de que los niños pudieran ir a la escuela o confiar en la posibilidad de que el gobierno, instalada la paz, pueda llegar a esos lugares y construir escuela.

2.3. Acerca del trabajo.

Para todos los desplazados, el cambio ha sido una experiencia traumática. Los factores que mas se mencionan en las entrevistas son: la insuficiencia alimentaria, en cantidad y variedad; el paisaje; las pérdidas; sobre todo, la compulsión del desplazamiento y su encuadre militar.

2.4. Distribución de los roles familiares.

En análisis de las percepciones, relativas al papel de los miembros de la familia, requiere previamente diferenciar dos universos distintos: familias con jefe de hogar masculino y femenino; el primero comprende el 75% de las familias entrevistadas y el segundo el 25% restante.

El 83% de las mujeres, en las familias con jefes masculinos, reconocen en este último al marido-padre-suegro, al indiscutible líder del grupo familiar: el que ordena, dirige las tareas, el que trabaja fuera del hogar y consigue el sustento; además, realiza en la casa las faenas más pesadas, sobre todo, asume las decisiones económicas más importantes y maneja el dinero. En este sector, su influencia como vanguardia ideológica es muy fuerte, su cosmovisión determina la conducta y las opiniones de los otros miembros. Esto se comprobó con el análisis en profundidad, sobre el comportamiento de tres familias extensas, donde hijos casados y/o yernos trabajan con el patriarca: no hay fisuras en la ideología del líder y la de los varones adultos bajo su tutela. Todas las familias con jefe de su hogar masculino esperan la decisión patriarcal para moverse o actuar.

En estas familias, la mujer se ocupa de los oficios domésticos, atiende a los hijos, se subordina al hombre y difícilmente ejerce una actividad fuera de la casa; en la montaña se ocupaba en parte del ciclo agrícola pero en los asentamientos el marido se lo impide porque en los colectivos de trabajo hay otros hombres. En este grupo encontramos sólo nueve mujeres que aprenden costura y tres en proceso de escolaridad. Las mujeres no participan en la toma de decisiones,

aunque un 25% manifestó ser consultadas pero su influencia para modificar la decisión masculina es prácticamente nula y en realidad se les pregunta para que puedan asentir; sin embargo, un pequeño conjunto de mujeres admitió manejar parte del reducido ingreso de que disponen las familias asentadas y ninguna era esposa de los desplazados que pudieron salvar ganado en cierta cantidad.

Durante la mayor parte del día el hogar es el reino de la mujer; sumisa ante el marido, ejerce su autoridad sobre los hijos y las nueras, asigna las tareas de los hijos varones hasta que salen a trabajar y forma a sus hijas a su imagen y semejanza; de esta manera, el modelo de la dependencia femenina se reproduce sin interferencias.

En este tipo de familia los hijos varones salen a trabajar al campo entre los 7 y 12 años como ayudantes y aprendices del padre; en general, se entiende que un joven es ya un campesino formado a los 14 años.

En el 17% restante de las familias con jefe de hogar masculino, hombres y mujeres comparten en mayor medida las responsabilidades y diluyen los roles estrictos. Las mujeres participan más en las tareas agrícolas y los hombres en las hogareñas y la educación y la salud de los hijos son problemas más en común. En este grupo, algunas de las decisiones económicas más importantes son tomadas previa discusión, las mujeres tienen mayor posibilidad de influir en ellas donde parece ser mayor, el control femenino sobre los ingresos. mayor.

La percepción del rol de los hijos en este grupo no es diferente del anterior, lo que indica que la reproducción del género de vida es un componente muy fuerte de la ideología. Sin embargo, algunas respuestas parecen sugerir que las familias estarían dispuestas a aceptar la decisión filial si los hijos optaran por un género distinto.

Otras son las características de las familias con jefe de hogar femenino. Este grupo está constituido por mujeres viudas, separadas o abandonadas sobre las que ha recaído un rol no deseado para el que no estaban preparadas. El cambio ha sido insoportable para la mayoría de ellas, la vi-

da en los asentamientos no constituye una alternativa viable para ellas. Así, la mayoría (87%) admite francamente como esperanza un nuevo matrimonio, el resto acepta sin entusiasmo la reincorporación a su núcleo familiar o la subordinación a su familia conyugal. Un sólo caso hemos encontrado de independencia absoluta; se trata de una madre y una hija adulta (ambas solas) que tienen experiencia urbana, actividad no agrícola y un nivel de educación por encima del promedio.

2.5. Aspiraciones e intereses inmediatos

Los asentados entrevistados presentan básicamente tres tipos de posiciones en cuanto a sus proyectos futuros. Un 45% se inclina por retornar a la montaña, al no ver ningún desarrollo posible en el asentamiento, aún cuando tengan que convivir en las comarcas con el peligro de la guerra. Otro 45%, si bien no abandona la idea del retorno, no se va por temor y entretanto está dispuesto a quedarse a cambio de recibir más y mejores tierras, asistencia técnica y crédito bancario. Por último, hay un 10% que se quedaría indefinidamente (aún si llegara la paz) pero reclaman estabilidad, sobre todo títulos sobre la tierra para sentirse seguros.

En agosto de 1988 el gobierno propuso un proyecto financiero para la adquisición de novillos. El resultado de nuestro trabajo indica que no todos los asentados están satisfechos con el plan. Pero es un proyecto demasiado nuevo, todavía son pocos los campesinos incorporados y sería prematuro cualquier evaluación de los resultados; conviene señalar que este programa no toma en cuenta que la experiencia y la tradición de los desplazados, los orienta definitivamente hacia la agricultura migratoria de granos básicos, en un ciclo de reproducción estereotipada.

Las necesidades más urgentes expresadas por los entrevistados dejan entrever dos actitudes

diferentes: una más inmediatista que agrupa al 60% de los entrevistados y que solicita comida y ropa; el 40% restante demanda financiamiento para comprar tierras, ganado o insumos para los cultivos. La primera perspectiva corresponde más a los que desean volver al pasado y la segunda a los que estarían dispuestos a quedarse bajo determinadas condiciones.

Casi todos los entrevistados identifican el progreso o la mejoría, con la adquisición de más tierra y/o ganado. Algunos conciben esta posibilidad sólo en la montaña — una experiencia confirmada socialmente — otros piensan se puede alcanzar también en los asentamientos o en otras partes. Hay quienes plantean abiertamente la intención de quedarse finalmente con las dos parcelas: la del asentamiento donde vivirán y la de la montaña donde producirían para vender. El MIDINRA, ha justificado la lentitud en la entrega de títulos de propiedad en previsión al negocio de las parcelas asignadas; por su parte, al no sentirse dueños legítimos de las tierras que trabajan, los asentados no ponen demasiado entusiasmo en un proyecto que estiman provisorios.

La permanencia de los asentamientos como un género de vida viable a mediano y largo plazo es sumamente frágil: la mayor parte de los campesinos regresarán a su montaña cuando las condiciones político-militares lo permitan; quizás con otra gente (desocupados de Nueva Guinea con experiencia urbana muy reciente), los asentamientos puedan lograr articular una alternativa socioeconómica plenamente aceptada.

IV. LA INTERPRETACION DE LA IDEOLOGÍA CAMPESINA.

1. Marco de referencia para un enfoque psicosocial.

Entre los autores que destacan la importancia de lo subjetivo en los proyectos de desarrollo para el sector campesino, existe coincidencia en identificar dos tipos de perspectiva: por un lado los que toman en cuenta las actitudes y rasgos

psicológicos previos y, por otro, los que tienden a crear y transformar su psicología.¹ Se puede tener una tercera posición en la implementación de políticas y proyectos rurales, que consiste simplemente en dejar aún lado la psicología del hombre de campo. Esta posición se fundamenta en la idea de que lo económico y las condiciones objetivas constituyen lo fundamental y que los cambios en la conciencia individual y social 'vendrán después', como consecuencia naturales, y que se producen de manera espontánea.

Desafortunadamente predominan las posturas de obviar la mentalidad campesina, sobre las que valorizan el proceso dialéctico entre lo objetivo y lo subjetivo, aunque la experiencia ha demostrado su importancia; sobran ejemplos de intentos de modernización agrícola que han fracasado por entrar en contradicción con actitudes y hábitos mentales arraigados, al igual que proyectos de cooperativización que chocan con la tradición parcelaria de los campesinos.

Nuestro trabajo pretendía indagar el peso de los factores psicológicos en el posible éxito o fracaso de los asentamientos. No se esperaba encontrar condiciones económicas y productivas tan adversas como las que se hallaron, lo que adquiere un peso considerable para explicar la situación actual del proyecto. Era difícil prever el fracaso, las cosechas perdidas por las plagas y el ciclón. No obstante, los factores subjetivos han tenido un peso específico en el relativo poco éxito de las comunidades de reubicados, que pone en peligro su estabilidad.² En esta parte del trabajo queremos abordar las características y rasgos psicológicos del campesinado que acentúan su rechazo a los asentamientos.

2. La psicología del campesino se construye en su historia.

Antes de externar aspectos sobre la vida de los campesinos en los actuales asentamientos, intentemos describir su historia para acceder a la comprensión de como se conforma su subjetividad; vamos a destacar lo típico y abstraernos de las diferencias no significativas para el análisis.

Hay tres momentos típicos en la biografía de estos campesinos: el período previo a la emigración a la frontera agrícola, la vida establecida en la montaña y la vida en los asentamientos hacia donde fueron desplazados.

Previo a la migración, vivían por lo general en el llano, en zonas secas de la costa del Pacífico o del centro del país. Lo más común es que fueran trabajadores en las parcelas de su núcleo familiar o de algún pariente o peones en fincas de medianos propietarios. Durante su juventud, vivían con la aspiración de ser dueños de su propia tierra y reproducir el modelo, pero en el rol de patrón-propietario; sin embargo, era muy improbable convertir este sueño en realidad en las zonas de origen donde la concentración capitalista tiende a expulsar al pequeño productor parcelero. Entonces, aprovechando la oportunidad que ofrecía el IAN, se establecieron en la frontera agrícola como campesinos emprendedores y salieron de su condición de asalariados o propietarios, para convertirse en dueño y señores de sus tierras. Bajo este signo emprendieron la marcha y asumieron el riesgo de convertirse en colonos.

La vida en la montaña los transformó en propietarios con una característica peculiar: permanecían en las tierras mientras eran cultivables, después, las vendían al que viene detrás con vocación ganadera y compraban nuevas tierras más adentro de la frontera. Esta agricultura migrante genera una mentalidad de usar y no cuidar la tierra, que conlleva un costo para el país y para el colono: para el país significa la degradación progresiva e irreversible de los suelos frágiles del trópico húmedo y para el campesino significa vivir siempre aislado e incomunicado de la sociedad en general; un aislamiento relativo pero muy marcado, donde la familia es el todo o el casi todo de cada día, donde todos trabajan la tierra y consumen lo producido.

En la montaña se organizó una forma de núcleo familiar con rasgos patrilineales extensos: en muchos casos los hijos casados construyen su vivienda próxima a la de sus padres, continúan trabajando en su tierra por cierto tiempo y cuan-

do se independizan, mantienen de alguna manera la ayuda. La relación con el resto de la sociedad es poco frecuente, de vez en cuando se visitan los vecinos más cercanos o se va a al pueblo para vender y comprar. El contacto con el resto del país es más raro aún.

Muchos no saben leer, ni tienen radio y sólo les queda la religión, asimilada substancialmente a su forma de vida.

Esta vida tan simple, produce una psicología algo simple, donde apenas se vislumbran cambios; es la vida campesina más aislada de la técnica y la cultura.

Para los niños, "el otro mundo" sería la escuela (no las había antes del triunfo de la Revolución y las que se crearon después fueron abandonadas a causa de la guerra). En la austeridad concienca infantil, la familia es casi el universo, más debe sorprender que la motivación de sus vidas consista en reproducir el mismo esquema conocido: trabajar, comer, mantener a la familia, la vida sexual, y tener hijos y, por último esperar el descanso de la vejez. Se gestó un individualismo familiar donde el límite de los valores empieza y termina en la familia. La producción es suficiente para cubrir las necesidades básicas y aunque entre los campesinos más pobres no haya acumulación, en el resto de recursos, se produce un excedente que puede traducirse en capitalización y generar una mentalidad algo más compleja de criador de ganado; pero raramente nos encontramos con este tipo de campesino entre los asentados.

El triunfo de la Revolución y los primeros años del proceso trajeron la posibilidad de escuelas en las comarcas, centro de salud, cierta atención crediticia y, en alguna medida, la expansión de su mercado. Pero después vino la guerra que significó la pérdida de todas esas ventajas pero, más que eso, significó nuevos temores nunca antes vividos con tal intensidad. Con la guerra, en la zona prevalece la inseguridad, el trabajo se ve amenazado y se torna irregular, se teme por la familia, se teme perder la cosecha y sus productos, sobre todo, se teme que lo obli-

guen a reclutarse en uno u otro bando y siempre es de temer la represalia de la otra parte. El miedo empieza a ser una invariante de la conciencia campesina. Ideológicamente el campesino no está con ninguno (es o pretende ser neutral) y se siente igualmente cómodo vendiendo sus productos tanto al Ejército como a la contra; no está con ningún bando, sólo con el mismo.

Un rasgo de la conciencia del campesino es que funciona más orientado por los temores al fracaso y la pérdida, que por motivos de logro. ES como una psicología de la pobreza donde se tiene tan poco que se teme perder lo poco que se tiene y donde predominan más las motivaciones de evitación. Alrededor de sus temores se estructuran otros rasgos tales como la desconfianza, la suspicacia y ver en lo externo a su mundo una potencial amenaza. De otra forma, el temor se expresa en la sumisión ante todo lo que se percibe como autoridad o como fuerza. Esta psicología del miedo no surge de la guerra, tiene orígenes más lejanos que se ubican sobre todo en la fragilidad que produce la ignorancia y en el vandalismo de la guardia somocista que robó y ultrajó a su antojo durante casi medio siglo.

En 1978 se produce el desplazamiento forzado, asentandos en las comunidades actuales. El traslado significó para ellos volar a las tierras que habían dejado atrás, más que todo significó; un desarraigo, un cambio drástico en su existencia que se expresa principalmente en las siguientes dimensiones: b) de una forma de vida aislada y caprichosa a otra comunal y ordenada; y c) de autoridad y libre decisión familiares a autoridad vertical, burocrática y comunal; se pasa de una vida de total autodeterminación (por lo menos en el ámbito de la familia y el trabajo) a una vida que depende de factores externos y está sometida a decisiones suprafamiliares. Ninguno de estos cambios se salva de ser percibido como pérdida y frustración.

En el asentamiento, reaparecen en la vida de estos campesinos algunos logros que les había ofrecido la Revolución y que perdieron por la guerra: la escuela y la atención médica. Pero estas ventajas no son valoradas ante el peso de lo

perdido. Además, la educación de los hijos es concebida en forma muy particular: esa educación en la familia y para el trabajo y la formación escolar es percibida en forma muy particular: esa educación en la familia para el trabajo y la formación escolar es percibida como protección (el hijo debe saber escribir para firmar por sí mismo y debe saber contar para que no lo engañen). La escuela se percibe entonces como un complemento de la educación laboral y no como una fuente potencial de cambios en su vida.

El principal problema de los asentamientos ha sido el productivo; después de más de un año no se han logrado cosechas rentables, primero por problemas organizativos y de insumos, después de las plagas y por último a causa del huracán que azotó esta zona con inusitada fuerza. A esto hay que sumar el problema permanente de la baja calidad de la tierra y últimamente el de las semillas. Ante todo, el nuevo asentamiento ha sido vivido por los campesinos, como una frustración productiva.

Esta frustración ya de por sí es suficiente para poner en juego la estabilidad de los asentamientos, pero se acentúa ante la fuerte contradicción entre la psicología del campesino y la realidad, en la incompatibilidad entre una estructura subjetiva conformada durante muchos años en la frontera agrícola y una forma de vida nueva en la que no encajan los hábitos, gustos, sentimientos e ideas del campesinado. Esta psicología se resiste a una nueva forma de existencia social. Se podría hablar entonces de resistencia al cambio, aunque este concepto es engañoso si se le asignan cualidades explicativas porque no se puede explicar un fenómeno por lo mismo que lo describe; el problema radica en ver de donde surgen las fuentes de la resistencia al cambio, tema que abordaremos más adelante cuando discutamos las hipótesis de trabajo.

Analicemos otros factores inherentes al propio asentamiento que alimentan la resistencia al cambio. A. Zander³, en su artículo, explica algunas condicionantes de la resistencia, que se pueden relacionar con nuestro caso en estudio. En primer lugar, la resistencia debe esperar si la na-

turalidad del cambio no es evidente para la gente a la que se aplica; efectivamente, muchos de los asentados, si bien temen los enfrentamientos bélicos, parecen no creer que se encontraban en un peligro que justificaba su traslado y al mismo tiempo sienten que un peligro similar los acecha en los asentamientos. Segundo, cabe esperar resistencia, si las personas sometidas al cambio se ven aprisionadas por fuerzas que impulsan y fuerzas que impiden el cambio; en nuestro caso, la obediencia y el temor impusieron el traslado, pero el desarraigo respecto de su vida anterior lo rechaza y el campesino está conflictuado. Tercero, se espera resistencia al cambio en la medida en que las personas se ven presionadas a realizarlo y disminuye la resistencia si pueden participar en la conducción del cambio; en el caso de los asentamientos, no se tomó en cuenta el criterio de los campesinos para trasladarlos (hecho tal vez justificable por la situación militar) pero tampoco se les da participación en la definición de la vida productiva actual, donde prevalece un sistema de autoridad vertical. Esta tercera condición se asemeja a lo que plantea L. Festinger,⁴ cuando dice que un cambio de actitud se hace más improbable en tanto más presión se ejerza para el cambio.

Puntualicemos finalmente algunas ideas. Desde una perspectiva psicológica, el factor adverso al proyecto de los asentamientos se resume en la contradicción entre lo que el campesino necesita y desea, entre lo que quiere reproducir de su antiguo género de vida y los que 'puede' y 'se le permite' hacer. El sentido de la propiedad individual lo tiene muy arraigado, su parcela es parte de sí y se siente muy inseguro al no tener legalmente avalada la tenencia de la tierra; desconfía del trabajo cooperativo, tiene miedo que le roben pero, sobre todo, lamenta no poder disponer del producto, siente que su vida no depende de su trabajo sino de los suministros estatales.

En presencia de todo esto, cabe preguntarse: por qué se quedan.? Aparece de nuevo el tema del temor y la sumisión a un control exterior, que se fundamenta justamente en el miedo. Teme que lo regresen si se va y que se tomen medidas

coercitivas en su contra; teme perderlo todo (lo poco que tiene) y comenzar nuevamente. La sumisión parece explicable por el escaso desarrollo de sus recursos de agresividad (en el buen sentido del término), o sea la capacidad de imponerse y oponerse. Esta pasividad es congruente con el fatalismo que expresan sus ideas religiosas: "Dios lo quiere así". El curso de la guerra determinará cuando puedan regresar, pero "...el fin de la guerra es cosa de Dios". La práctica religiosa se convierte en un refugio que calma y alivia su malestar, pero no es un instrumento liberador ni un medio de análisis de su realidad, en la búsqueda de soluciones a sus problemas vitales.

3. Discusión en torno a las hipótesis de trabajo.

El propósito inicial de la investigación era realizar un diagnóstico y pronóstico de la factibilidad del proyecto de los asentamientos, privilegiando los factores psicológicos y sociales que pudieran incidir en el destino de las nuevas comunidades. Los elementos productivos fueron relegados a un segundo plano porque la información ofrecida por las entidades gubernamentales parecía indicar la total factibilidad económica. Después, con el trabajo de campo, nos dimos cuenta que esa visión distaba mucho de la realidad y de la visión de los campesinos desplazados.

Esta idea inicial, conformada por las fuentes oficiales, nos inclinó a suponer que el peso esencial del posible fracaso o éxito de los asentamientos se orientaba hacia los factores subjetivos; por esta razón, construimos varias hipótesis de trabajo relativas a la psicología de los individuos y de las familias. Las hipótesis, fueron un elemento orientador en el trabajo de campo, pero sus contrastes con la realidad hacen necesaria su discusión.

La primera hipótesis planteaba: La contradicción básica entre la vuelta al pasado y la consolidación del asentamiento, estaría mediada por el predominio de ciertos tipos de psicología

o idiosincrasias familiares. Pensamos entonces en diversos tipos: la psicología del cambio, caracterizada por una actitud positiva de apertura hacia una nueva vida, un dinamismo constructivo proyectando hacia la comunidad, una conciencia abierta; la psicología estática, comportamiento que muestra una adaptación a la nueva vida pero sin asimilación, donde la deserción o la permanencia, dependerían de factores externos, circunstanciales y la psicología del rechazo (el insistente regreso a la vida aislada y la producción individual). Estas psicologías — o tipos — dependerían mucho de cuán rígidamente estructuradas estuvieran las cualidades psíquicas que se habían conformado en la vida pretérita.

En la búsqueda de estas diferencias comenzamos a orientarnos por factores externos tales como la calidad de las viviendas instaladas. Pero rápidamente la realidad contradujo nuestras suposiciones y mostró homogeneidad donde se esperaba encontrar diversidad. La mayoría de los asentados no desahogarse, independientemente de la forma que asuma su aceptación transitoria a la situación impuesta; volver al pasado, recuperar el equilibrio perdido es la aspiración más fuerte de su vida actual. La nueva realidad no es tan 'atractiva' como para romper con sus esquemas de necesidades y formar uno nuevo. Paradójicamente, en las condiciones actuales, regresar es progresar y esto descompone todos nuestros supuestos previos. Esta tendencia la expresan los asentados con diferentes imágenes, percibiendo sobre todo la vida en la montaña como 'el paraíso perdido': allí tenían su comida preferida en abundancia, allí tenían la tranquilidad que ahora añoran, allí tenían ciertas seguridades que ahora les faltan.

En los estudios de casos familiares aparecen claramente las dos necesidades más afectadas por la nueva vida en los asentamientos: la seguridad y el alimento. Los desplazados asignan una marcada importancia a los hábitos alimenticios: comer quequisque, malanga, yuca, guineo, pescado, chanco, los alimentos tradicionales de su paraíso montaños. Que los hábitos alimenticios

hayan adquirido esa importancia se explica por las condiciones de una vida tan limitada al contacto con otras realidades de la cultura material y espiritual, lo que convierte a la comida en uno de los placeres preferidos simplemente porque no hay acceso a muchos otros. La vida en los asentamientos implica entonces el 'hambre de sus alimentos preferidos'. Por otro lado, están las seguridades perdidas, por ejemplo; la seguridad de consumir el producto de su propio trabajo sin depender de los demás: en la montaña podía acumular sus reservas, podía obtener lo que requería en su contexto hogareño y laboral, mientras que en el asentamiento está desnudo y al arbitrio de los inseguros abastecimientos gubernamentales o de donaciones de entidades caritativas, que algunas veces los intermediarios aprovechan para negociar. También la seguridad de trabajo y propiedad sobre la tierra, que no sea dañada o robada su cosecha; por último, la seguridad de que su vida dependa de él mismo y no de factores externos a su voluntad (autoridades, responsables, brigadistas, etc.). Esa es la esencia de lo perdido.

Estas motivaciones, constituyen aspectos centrales de su psicología. Las motivaciones periféricas o secundarias resisten más las frustraciones; sin embargo, la frustración de estas motivaciones centrales hacen rechazar la situación frustrante. Esta sería la base psicológica primordial que explica a nuestro juicio la resistencia al cambio de estos campesinos reasentados. Volver al pasado es recuperar la identidad psicológica.

En resumen, sobre la primera hipótesis, concluimos, que en lugar de un desarrollo de diferentes actitudes hacia el asentamiento encontramos una sola actitud: el rechazo, unido a la fuerte tendencia a regresar a la montaña. El regreso significa para ellos el progreso, ascender a la antigua modalidad de producir y reproducir su género de vida, satisfacer las necesidades conformadas en esa vida. Si la vida comunal hubiera presentado más atractivos que pérdidas, esto hubiera hecho posible la emergencia de las tipologías hipotetizadas.

La segunda hipótesis: se refería a características estructurales de la familia que pudieran incidir en la conducta de establecerse o regresar; particularmente suponíamos dos aspectos: la posición de autoridad del líder de la familia y el nivel de cohesión del grupo familiar. La realidad mostró que la posición del líder ha sido y es aún importante y que determina la conducta y los pensamientos de la familia. El hogar del reasentado es una unidad de alta coherencia y ningún miembro de la familia se separa de ella, salvo por fuerza mayor, aún así es una decisión que no se adopta fácilmente. El jefe de familia es factor de esa cohesión y por donde él va, van los demás. Las mujeres jefes de hogar que logran mantener el liderazgo reproducen las características descritas.

Algunas mujeres aprenden a coser, no igualmente, algunas nociones de lectura y escritura, pero estas adquisiciones no entrarán nunca en conflicto con la decisión del líder familiar, si se tiene que abandonar el proceso formativo para trabajar o dejar el asentamiento. Por el lado de la mujer, no hay muchas posibilidades de disgresión. En el caso de la gente joven, no pudimos discernir si son o no un factor de arraigo hacia la comunidad, pues la población entre 15 y 22 años que aún depende de sus padres prácticamente no existe. Lo poco visto parece apuntar hacia la idea de que son el sector potencialmente más vulnerable ante el nuevo género de vida y la escuela, la vida social y sentimental, la cercanía del pueblo y otras posibilidades de trabajo parece que los atraen; pero eso, por el momento, no pondrá en crisis la unidad familiar.

En resumen, la fuerte posición del jefe sobre los demás miembros de la familia explica que la psicología familiar, su idiosincracia, dependa ante todo de lo que éste siente y piensa. Hasta el momento en que realizamos el trabajo de campo, no encontramos fracturas intrafamiliares entre esposo y esposa ni entre padres e hijos.

Tercera hipótesis: planteaba la articulación entre los factores subjetivos y las condiciones objetivas externas. Hay una fuerte tendencia a volver al pasado, pero existen condiciones ad-

versas para convertir los deseos en conductas efectivas. La guerra continúa y los agentes gubernamentales insisten, presionan para que la población permanezca en los asentamientos, una posición que justifican, por el real peligro militar en la frontera agrícola y por la esperanza de poder concretar la factibilidad económica del proyecto. El campesino teme perderlo todo ante la desobediencia, incluso la vida. No encontramos por otro lado la articulación recíproca, a saber condiciones muy favorables en los asentamientos que pudieran vencer las tendencias conservadoras de los campesinos.

Cuarta hipótesis: se refería al ejercicio del liderazgo comunitario y se suponía que tal liderazgo —quién y de qué forma lo ejercía— sería un factor de anclaje o rechazo hacia la vida comunitaria. En los asentamientos más pequeños, el líder es uno de los propios campesinos, cargo más bien asignado que electo, aunque hay reconocimiento de su autoridad; en los asentamientos mayores los líderes son agentes gubernamentales que no gozan precisamente de aceptación: el mayor elogio que se hace de ellos es definirlos como “no tan malos”.

En general, la línea de mando actúa en forma vertical tanto en los asentamientos grandes como en los pequeños: va de las instancias de gobierno (principalmente el MIDINRA) hacia los líderes comunales y de éstos baja a los jefes de grupo de trabajo y pobladores. Es obvio que esta es una forma de vida muy distinta con un pasado donde la familia tenía un alto nivel de autonomía en la producción y el consumo, lo que motiva una actitud de rechazo a la permanencia en el asentamiento. A esto hay que añadir, la desconfianza hacia las instancias estatales, generado por el desplazamiento mismo, la forma de traslado, las promesas incumplidas de lo que encontrarían y no encontraron, las semillas que no germinan, las tierras que no se entregan, etc. Todo esto incomoda cada día más al campesino reasentado.

Era posible desarrollar un sistema de autogestión comunitaria? No podemos saberlo, pero al menos no estaba en el espíritu del ámbito insti-

tucional. De haberse implementado un sistema de gestión más participativo, muy probablemente se hubiese recuperado al menos parcialmente el status autodirectivo que se perdió y esto hubiera ayudado a resolver muchos problemas comunitarios.

Por último, la quinta hipótesis suponía una vinculación entre los tipos psicológicos ya descritos y el dinamismo social de los campesinos. Obviamente, esta relación no se pudo establecer. Podemos comentar, que en quienes se observa una marcada preocupación hacia los demás y sus problemas, ha sido en los líderes religiosos comunales, porque su praxis implica la obligación voluntaria de volcarse hacia el mundo de “sus hermanos”. El campesino, que no establece por lo común, sólidas amistades, se solidariza no obstante con el necesitado.

4. Perspectivas de los desplazamientos de guerra en Nueva Guinea.

La posibilidad de crear nuevas comunidades de desplazados de guerra no es un reto imposible de afrontar, pero para ello hay que evitar los errores cometidos. Asimismo, no es imposible producir un cambio de vida en estos campesinos de la frontera agrícola y tampoco reagruparlos en comunidades con un modelo más o menos urbano, ya sea por exigencia de la guerra o del desarrollo social. El problema radica en cómo se lleva a cabo la comunalización. Ella se podría realizar siempre y cuando se estableciera cierta articulación entre lo nuevo y lo viejo, si se respetaran ciertas necesidades y hábitos a la vez de introducir condiciones objetivas y una nueva apertura hacia la cultura y la realidad. Hemos sabido de la experiencia de una comunidad recientemente constituida (posterior a los asentamientos de 1987), un asentamiento al lado de la colonia La Fonseca, que pretende armonizar las ventajas de la concentración con el mantenimiento de las propiedades parcelarias; fue ubicado en un punto que permite que los campesinos sigan trabajando sus tierras y mantengan sus hábitos de trabajo y de consumo. Es-

te asentamiento no estaba incluido en el marco de nuestro trabajo pero seria interesante estudiarlo como paradigma perfectible de comunidad que pudiera extrapolarse a otras regiones del país.

* Profesores de la Escuela de Psicología de la Universidad Centroamericana de Nicaragua.

NOTAS:

1 A.O. Hirschamnn, Development projects Observed, Washintong, 1967.

2 En el diseño de la investigación subyacía de manera implícita una ley o regularidad hipotética que el propio estudio permitió esclarecer. Es una idea simple, que vuelve a poner en el centro de la vida los factores económico y productivo pero no obstaculiza su determinismo en los proyectos que propugnan un cambio de vida y de producción en el sector campesino, el éxito económico material es una condición para que emerja con claridad la incidencia de los factores psicológicos en su éxito total como proyecto social. En el caso de los asentamientos estudiados, si la producción marchara bien y las condiciones materiales fuesen mejores, encontraríamos que

los factores psicológicos individuales y familiares tendrían mayor espacio para manifestarse e incidir sobre el comportamiento hubieramos encontrado posiblemente mayor variedad de actitudes psicológicas ante el cambio de vida. Sin embargo, aunque sea cierto o posiblemente cierto que cuando hay éxito económico lo psicológico tiene un peso más determinante, la experiencia de este trabajo nos dice que los factores subjetivos agudizaron el efecto de las condiciones económicas adversas.

3 *Resistance to Change. Its anlysis and Prevention* (en "Advanced Management, XV, No. 1, 1950)

4 *Teoría de la disonancia cognoscitiva*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1975